

# EL MEJOR ESTETOSCOPIO

Los signos y síntomas son unidades de significado que nos permiten comprender la enfermedad y con frecuencia nos piden con voz clara el remedio más similar. Pero no son raros los casos en que el lenguaje de la fuerza vital no es comprensible por su parquedad o por su abundancia dando señales en diferentes direcciones. Todos conocemos ése estado de perplejidad producido por los síntomas abigarrados y por los cuadros en que caben diferentes interpretaciones como en aquellos abstractos en que uno ve un perro y otro una puesta de sol.

En la medida que la enfermedad es un fenómeno cualitativo, no superponible a una alteración cuantitativa de los componentes fisiológicos del cuerpo, en la medida que las sensaciones, el dolor, las cenestesias no se pueden medir y por tanto no se puede tener de ellas una referencia exacta, en ésa medida la medicina sobrepasa los límites de la ciencia y entra en la categoría de la subjetividad del paciente y del médico. Y es desde ésta subjetividad que hay que dar valor, reconocer qué es lo importante, qué representa el modo individual de padecer para establecer una jerarquía que de coherencia sintáctica a la expresión del desequilibrio vital. Ya que es únicamente desde la comprensión cabal de lo que está ocurriendo en nuestro paciente desde donde podemos elegir el remedio que abra el grillete de los síntomas y desde donde podemos acompañarlo dando significado al proceso curativo.

En nuestro trabajo, no podemos obviar la relación con la enfermedad como producto que consiste en la recogida y ordenamiento de la información que como para una observación microscópica implica cortar, fijar y teñir. Los estadios del enfermar son en sus expresiones finales cada vez más cuantificables, más estructurados y menos dinámicos, por ello se alejan de las posibilidades del médico como terapeuta entrando en el dominio de la cirugía o de la física y nos interesan menos a nosotros como médicos que como observadores del extraño fenómeno que es la vida.

Todos conocemos la zozobra del comienzo cuando nuestras mentes preparadas por la visión mecanicista de las Facultades de Medicina y conformadas por el ambiente general de nuestra cultura para contar, pesar, medir y comparar magnitudes, se enfrentaban por primera vez a fenómenos subjetivos, sensaciones, situaciones individuales irrepetibles, donde no es posible la aplicación de un protocolo de acción. Por fortuna nos salimos del modo de pensar clónico arriesgándonos a ser diferentes y ésto provoca ansiedad. “El coraje consiste en la capacidad de enfrentar la ansiedad que se produce a medida que uno logra la libertad“. (Rollo May).

Zozobra, malestar, angustia, inquietud, miedo y una larga serie de síntomas que todos y cada uno según sus propias posibilidades hemos sentido en alguna ocasión. Y son éstas desagradables sensaciones las que nos han espolcado para buscar soluciones, las que nos han llevado a estudiar más, a viajar, a esforzarnos buscando certeza, seguridad, visión clínica.

En el camino nos hemos encontrado con vendedores de panaceas, con los que no hacen lo que dicen, con practicantes de atajos y fórmulas magistrales que “funcionan“, con máquinas de la verdad o calculadoras de síntomas que producen similitudes aritméticas, maestrillos con sus librillos, etc,...

Pero también con algunos pocos que no vendían nada porque no cobraban, que dicen lo que observan y no tratan de convencer a nadie ni de hacer negocio con ello. Entre tanta arena alguna perla.

Quisiera compartir con ustedes una perla que me regaló mi maestro T. P. Paschero cuando me dijo que el mejor estetoscopio es el corazón del médico.

Ciertamente no se refería al corazón oprimido por la duda o por la angustia, la prisa o el deseo. Sino el corazón sereno, contemplativo, libre de turbulencias, el que puede captar empáticamente lo que ocurre en el interior del pecho de nuestro paciente, única forma de acceder a lo esencial, a lo jerárquicamente principal, nudo primero que atenaza y esclaviza la vitalidad del enfermo. Es desde esa captación empática que es posible la comprensión del caso no como mera suma de síntomas sino con un significado unitario, como una forma en movimiento que al hacerse evidente también para el paciente en el acto médico de la consulta, resulta en acto terapéutico.

Hay en nuestro trabajo dos fases que no podemos olvidar en ningún caso. En una tratamos con la enfermedad como producto, recogiendo y ordenando la información que nos muestra, éste es el aspecto científico propiamente dicho de nuestro trabajo, es la observación de la enfermedad como algo ya establecido, fijado, cuantificable.

El otro aspecto del quehacer médico no es científico y trata con la enfermedad como un producirse, no está fijado, es móvil, la aproximación a él es subjetiva, sensitiva, imaginativa. “Los medios de que nos servimos son los sentimientos, las intuiciones, las comparaciones, la inmediata certeza interior y la exacta fantasía sensible. “Tales eran los instrumentos que Goethe como naturalista empleaba para acercarse al misterio de las inquietas apariencias.

“El intelecto, el sistema, el concepto matan cuanto conocen. Hacen de lo conocido un objeto rígido que puede medirse y dividirse. La intuición empero anima y vivifica, incorpora lo singular a una unidad viviente, íntimamente sentida”. (Spengler)

El homeópata observa la enfermedad como una forma transitoria, dinámica en proceso de cambio. El conocimiento que nos demanda la Homeopatía no es únicamente intelectual, memorístico, sino que implica nuestra totalidad como personas.

El corazón como órgano sutil, asiento de la intuición, (doy por supuesto que todos entienden que no estoy hablando de la víscera cardíaca), ha sido puesto de lado y olvidado por la ciencia mecanicista, pero es para nosotros fundamental en la observación del hombre vivo, en continua transformación. La desobstrucción de ése “tercer ojo”, como lo denominaron en Oriente, su limpieza y despejado, es tarea necesaria y urgente para quien quiera conocer con certeza los significados que los síntomas y signos indican y así ejercer la medicina de forma lúcida y certera.

Dr. Miguel Luqui Garde  
Abril del 1996  
Barcelona